

ALFONSO M. ESCUDERO, O. S. A.

LOS OCHENTA AÑOS DE GIUSTI

ROBERTO F. Giusti cumple ochenta este año.

Una vida múltiple, generosamente desparramada, pero por eso mismo más rica.

Fue profesor y cronista de teatros, tuvo afanes políticos, pero por sobre todo fue escritor, en artículos y en libros.

Libros y folletos:

Nuestros poetas jóvenes, 1912.

Crítica y polémica, cuatro series: I, 1917; II, 1924; III, 1927; IV, 1930.

Enrique Federico Amiel en su diario íntimo, 1919.

Florencio Sánchez, 1920.

Anatole France, 1920.

Mis muñecos, 1923 (cuentos y fantasías).

Literatura y vida, 1939.

Siglos, escuelas, autores, 1946.

Trovadores castellanos, 1946.

La conducta de los escritores, 1953.

Momentos y aspectos de la cultura argentina, 1953.

Ensayos, 1956.

Poetas de América, 1956.

A las Cataratas, 1956 (cuentos).

Visto y oído, 1965.

Nuestro idioma.

Curso de lengua castellana, 3 vols.

Gramática y ejercicios de idioma, 3 vols.

Lecciones de literatura española, y antología.

Participación en la *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta en editorial Peuser; y en el

Panorama das literaturas das Américas, Nova Lisboa, Angola. 1958-63.

En 1954, con motivo de sus cincuenta años de vida literaria, sus amigos decidieron editar por suscripción un volumen de entre los *Ensayos* de Giusti. Se reunieron 1.022 suscriptores.

El volumen apareció al año siguiente y es especialmente importante como antología hasta ese momento.

Si nos pusiéramos a espigar, escogeríamos los ensayos sobre *Los libros de cabecera*, *Panorama del siglo XIX*, *Una generación juvenil de comienzos del siglo*, *Dos almas fundidas en una*, y los referentes a Banchs, Alfonsina Storni, Lynch, Eça de Queiroz, Antonio Machado, Ortega y Gasset, etc.

Después de *Visto y oído* (1965), habría que agregar varias páginas antológicas más, como *Tertulias y escritores porteños del primer novecientos*, *El más grande festival del siglo*, y recuerdos como los consagrados a Korn, Capello, etc.

Visto y oído es libro más familiar, de estilo más despreocupado, como de alguien que estuviera conversando en casa con familiares o amigos.

Muchos de sus materiales fueron escritos especialmente en esa ocasión, a medida que iban fluyendo sus recuerdos.

¿Memorias? No.

"Escribanlas políticos y diplomáticos a quienes urge ponderar sus pretendidos aciertos y justificar sus errores; los militares que tienen comprometido su nombre ante la posteridad inmediata o lejana" (8). (En este artículo, los números corresponderán a páginas de *Visto y oído*).

Giusti aquí se limita a presentar, entre serio y sonriente, una galería de personas conocidas y de hechos presenciados.

Dice que el recuerdo le surge las más de las veces gracias a un sabor o un color. Pero yo creo que es más frecuente que le surja gracias a la generosidad, a la simpatía, al cariño.

"Pongo la gratitud por encima de muchas otras virtudes" (303).

De todos modos, "el yo, si hemos de ser francos, no es tan aborrecible como suele repetirse" (25).

Y las reminiscencias fluyen fáciles, aunque a veces el escritor dé irónicamente en llamar "tiempos de Maricastaña" los comienzos del siglo XX, posible futuro objeto de estudio de algún "curioso de paleontología del espíritu" (81).

Este escritor, tan argentino, nació en Italia, en Lucca, el 10 de marzo de 1887.

El padre, que murió cuando el hijo era pequeñín, había sido compañero de escuela de Giacomo Puccini.

Roberto Fernando era un chiquitín flacucho, enfermizo, tímido.

La abuela paterna hubiera querido hacer de él un eclesiástico. Pero el niño emigró con su madre a la Argentina en 1895, y en Buenos Aires entró en la escuela Unione e Benevolenza.

Vivió en un barrio cuyos centros podríamos decir que fueron la plaza de Montserrat y la iglesia de la Inmaculada Concepción, en la esquina de Independencia y Tacuarí.

La Argentina absorbió poco a poco al muchachito, que un día se sorprendió pensando en castellano, castellano de Buenos Aires, pero castellano al fin.

Roberto siguió piadoso, más todavía, devoto. Pero su madre se opuso a que entrara al Seminario.

Tuvo buena voz y cantó con Tamagno en el teatro de la Ópera, y aunque no siguió cantando profesionalmente, conservó siempre su afición al "bel canto", a la ópera.

"Han propalado una torpe mentira los que vociferaron que en la Argentina de ayer nadie podía estudiar ni llegar a ser algo sin poseer fortuna pecuniaria y apellido de alcurnia. Soy un ejemplo entre miles de muchachos sin fortuna pecuniaria —en mi caso particular desamparado además por la orfandad temprana— a quienes nada ni nadie cerró el paso. Al contrario. Debo proclamar aquí que sólo encontré estímulos y apoyos generosos" (24).

(Claro que él también es generoso al proclamarlo).

Después del colegio nacional, entró a la Facultad de Filosofía y Letras el 4 de abril de 1904.

No todo era placentero allí, sobre todo en aquel "vasto y frío dormitorio del pupilage —dice— donde adormecía mi hambre a trueque de ocho horas de batalla con la chiquillería indomeñable" (319).

Al año siguiente participó en la fundación de un Centro de Estudiantes. Presidente, Francisco de Andrea; secretario, Giusti.

Luego, en compañía de Emilio Ravignani, contratados por la representación del Perú, trabajó en archivos sobre mojos, chiquitos y Apolobamba.

Se estrenó en la crítica en 1904, escribiendo sobre los dramas de Florencio Sánchez.

El 24 de abril de 1908 se hizo cargo de la crónica teatral de *El País*, de Francisco Uriburu. En 1909, Joaquín de Vedia le cedió la secretaría del teatro Odeón, en que estuvo hasta el año siguiente. En 1919 volvió a crítico teatral de *El País*, del que, además, desempeñó la secretaría.

Por aquellos años frecuentó los cafés La Brasileña y los Inmortales. Eso sin olvidar "el Royal Keller, sótano donde transcurrieron largas horas despreocupadas y fáciles de mis años mozos en mesas cordiales regadas de whisky y cerveza" (100). Era un mundillo donde "se charlaba, se reía, se soñaba, se proyectaban empresas literarias" (13).

En 1912, con retardo derivado de sus trabajos periodísticos, obtuvo el título de doctor en Filosofía y Letras.

Y ejerció largos años.

Profesor de literatura y gramática castellana en los colegios nacionales Mariano Moreno y Manuel Belgrano y de latín en el Instituto del Profesorado secundario Mariano Acosta, fue también (1923-43) catedrático de literatura española medieval y composición literaria en el Instituto Nacional del Profesorado secundario.

Destituido en 1943 de sus cátedras por los mandamases de turno, después de la caída de Perón (1955) fue designado director del Instituto de Litera-

tura iberoamericana de la Universidad de Buenos Aires y profesor de la cátedra correspondiente.

Su historia "que diré pública", se la puede documentar en sus libros; en el *Diario de sesiones* del Concejo deliberante de la ciudad de Buenos Aires desde el 1º de enero de 1921 hasta el 31 de diciembre de 1926; en el *Diario de sesiones* de la Cámara de Diputados nacionales correspondientes a los años 1928, 1929, 1930, 1932, 1933 y 1934; en la prensa diaria; en los ciento cuatro tomos de la revista *Nosotros*.

En la Cámara de Diputados fue, además, vicepresidente en el bienio 1933-1934.

Perteneció al Partido Socialista Independiente, y desde 1934 se apartó voluntariamente de la acción política.

Con Carlos Ibarguren, Alejandro Korn y otros, contribuyó en 1930 a la fundación del Colegio Libre de Estudiantes Superiores.

Miembro de la Academia Argentina de Letras, fue también presidente de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores).

Vino a Chile en dos ocasiones, una de ellas por la región de los lagos, que lo embrujó, y aprendió nuestras expresiones "al tiro", "copuchento", "góndola", "ese gallo", etc.

Después de la caída de Perón (1955), reanudó sus colaboraciones en el suplemento dominical de *La Prensa*.

A pesar de su argentinismo, o más bien por eso mismo, fue muy fiel a su Italia natal y su cultura, y entreveró los nombres franceses, españoles, argentinos, americanos, con los de Leopardi, de Sanctis, Carducci, Páscoli. En 1962 cumplió un anhelo de años: el viaje a la tierra de origen.

Y el año que acaba de pasar (1966) ha obtenido el Premio Nacional de Literatura.

Ha sabido ser buen amigo.

"A los míos no les he pedido sino estimación, confianza, tolerancia, comprensión, lealtad, adhesión cuando la he solicitado" (300).

Entre sus muchos amigos (Ingenieros, Frugoni, Salaverri, Chelía, etc.), hay que nombrar en primer lugar a Alfredo A. Bianchi, a quien trató 38 años casi diariamente.

"Bianchi consagró su vida al culto de la amistad, quizá porque, huérfano temprano y tímido celibatario, no tuvo ni formó familia. La sola que tuvo fue la mía" (301).

"Yo he dado todos mis pasos literarios gracias a su aliento y su protección" (328).

Bianchi fue el de la idea de la fundación de *Nosotros*. Como Bianchi apenas dejó obra, el sobreviviente habría podido atribuirse la idea a sí mismo; pero la palabra *Giusti* tiene algo que ver con justo.

Giusti fue en 1907 el cofundador de *Nosotros*, y contribuyó a que la benevolencia de Bianchi no acogiera a cualquier principiante entusiasta. Pero *Nosotros* habría vivido seis meses, quizá tres años, sin duda posible no más de un cuarto de siglo, a no haber velado sobre ella, alerta e incansable,

Alfredo Bianchi. "Yo flaqueé repetidas veces y alguna fui, a mi pesar, su enterrador. Abrumado por otras tareas, le volví las espaldas los pocos años, de 1921 a 1924, en que me sustituyó al lado del fundador, con brío juvenil, Julio Noé" (326).

Los ciento cuatro volúmenes de *Nosotros* (1907-43) no se redujeron a Bianchi y Giusti. Fue una revista amplia, que abrazó tres generaciones: de los fundadores, la anterior y la posterior.

Tuvo varias sedes; yo le conocí la de Lavalle, pero en 1918 había estado en Florida, entre Rivadavia y B. Mitre, "en una habitación cedida por don Alberto del Solar", nuestro compatriota.

Giusti es el crítico literario máximo que ha surgido en Argentina.

Antes de él y Rojas, la crítica había sido ante todo de teatro. Aunque Giusti también comienza como cronista de representaciones teatrales, pronto amplía su campo. Y puede afirmarse que en Argentina es quien mejor encauza la crítica.

"A la tarea del crítico, que ha sido la preferida por mí, llevé siempre, junto con aquella dosis de penetración que se me quiere conceder benévolamente, la más estricta ecuanimidad" (27).

"El crítico no es un animal dañino, con gorra y palmeta, ojos llameantes de rabiosa impotencia y dientes verdes de envidia. Es un hombre a la ventana" (27).

"Yo he entendido la crítica —no me refiero en este momento a méritos literarios sino a cualidades preferentemente morales— como anhelo de comprender y explicar, como pasión comunicativa" (28).

"Confieso no convenir a mis gustos sencillos, acaso vulgares y anacrónicos, el recurso instrumental de cierta estilística de raíz alemana, especie de diagnóstico psicoanalítico de las obras literarias, divinadorio de las más recónditas intenciones del autor examinado" (29).

Su crítica, penetrante, posee, en palabras de Francisco Romero, "prudente mezcla de incitación generosa y de rigor discriminativo".

Su independencia es tanto más encomiable cuanto más cerca de él estaban los escritores tema.

Y como demostraciones de su capacidad de síntesis, con la mención de su "panorama del siglo XIX" y su ensayo sobre "Una generación juvenil de comienzos del siglo", sin contar sus *Lecciones de literatura española*, bastaría.

Entendido en el léxico medieval, se autocalifica de "clérigo sin hábito a quien las circunstancias llevaron a ser un hombre de acción cuando las aventuras que siempre más ha apetecido son las que vive en la enrejada celda de su estudio" (131).

A pesar de todo puede declarar:

"Me enorgullezco de no haber sido nunca cobarde ante la vida..."

"No deserté solicitado por cosas de mayor provecho y brillo aparente: el dinero, el lujo, el placer, las posiciones espectaculares" (23).

Confiesa tener temperamento combativo, polémico ("alegría de pelear sanamente", 220); pero en todas sus actuaciones presiden la justicia, la generosidad, el culto a la gratitud y a la verdad, el respeto a lo que vale.

En 1934 influyó para que no se destituyera de sus cátedras a Ricardo Rojas

Naturalmente, un hombre que ha llegado con salud y en plena lucidez mental a los ochenta, está en condiciones de hablar de la lucha de generaciones, y referirse a la que siguió a la suya, "pisándonos —dice— algunas veces los talones, apresurada por hacernos a un lado" (8), y afirmar que lo sustancial permanece siempre:

"Lo más cuerdo es pensar que cambian los peinados, los trajes, el título de los libros y el rótulo de las ideas, pero que en el fondo cada generación sueña, cree y espera como las que la precedieron y seguirán. En favor de aquélla, debo decir que, si rebelde y derribadora de ídolos, como todas las juventudes, no cayó en la inocentada de creer que con su salida del cascarón había nacido el mundo. No lo duden los muchos que a esta misma hora van recitándose sus versos de amor y de pena por las calles florecidas por la primavera, tal como lo hacíamos nosotros. La poesía no nació esta mañanita, ni tampoco se gradúa su mérito, inevitablemente, por la oscuridad. Ya lo dije otra vez. Esta no es la sola primavera que el mundo ha conocido y no será la última. Caerán los pétalos de hoy, madurarán o no los frutos, se deshojará el árbol, retoñará, florecerán otros brotes, y generación va y generación viene, y la tierra siempre permanece" (99).

A raíz de la muerte de Alberto Gerchunoff (1950), Alfonso de Laferrère invitó a Giusti a colaborar en *La Nación* (*La Prensa* estaba en poder del peronismo). Y Giusti escribió para la sección editorial del gran diario, durante tres años, una serie de artículos acerados.

"Naturalmente había que hacerlo en sordina, pues hasta "el derecho de sonreír" de la estupidez entronizada junto con la arbitrariedad, iba siendo mochado de día en día, hasta que no nos quedó sino el de llorar, y en la intimidad" (220).

Siempre tuvo Roberto F. Giusti vocación a la libertad.

Al estallar la revolución rusa vio en ella una gran esperanza; pero hoy ese mismo amor a la libertad lo "pone contra el régimen soviético por el motivo de que lo priva a uno de la libertad de expresarse como quiere y vivir la vida personal y familiar como lo desea" (217).

En 1943, al ser declarado cesante como catedrático de literatura castellana medieval en el Instituto Nacional de Profesorado, ideó una superchería regocijante: el descubrimiento de un *milagro* inédito de Berceo, en buenas cuadernavías de sabor auténtico, y lo publicó en *Argentina Libre*, precedido de una nota que dice:

"Tengo noticia por un docto amigo español que en el dorso de cartulario del monasterio de San Millán acaba de ser descubierto un nuevo milagro de la Virgen, cuya atribución a Gonzalo de Berceo tiene muchos visos de probabilidad. Este milagro no figura ni en la copia tardía, hecha en el

siglo XVIII por el padre Domingo Ibarreta, que sirvió a Tomás Antonio Sánchez para su edición, ni tampoco tiene el correspondiente texto latino en el manuscrito de Copenhague, descrito por Richard Becker en 1910, emparentado con el que usó Berceo para sus transcripciones en verso castellano. El estado del código es bueno. La letra, algo borrada, es del siglo XIV. El monje que lo copió sabía o creía que pertenecía a Berceo, pues escribió al pie: *Gundisalvus fecit*, es decir: "Lo compuso Gonzalo". La propia brevedad del milagro no excluye la posibilidad de una imitación antigua hecha por algún monje socarrón que quiso reírse de alguna señora del lugar a quien se le habían subido los humos a la cabeza y tratado a la Virgen de tú a tú" (224).

Ni en las alturas gubernativas argentinas ni en el Perú olieron la broma a Evita. Ahí está, si no, la acogida que le dieron en la revista *Mar del Sur*, dirigida en Lima por don Aurelio Miró Quesada.

Aunque en menor grado que Victoria Ocampo, Enrique Banchs, Francisco Romero y otros escritores en aquella época, en octubre de 1952, sufrió Giusti detención de ocho horas.

"Lo que más ofendía mi razón y mi sensibilidad" en el régimen peronista, "era la megalomanía del tirano y de su esposa" (270).

Más de una vez hemos tropezado aquí con bromas y burlas; y es que Giusti, por lo general, es hombre de buen humor.

"Ante ciertas jetas fruncidas siento ganas de gritar: ¡Viva la frivolidad! Y, sin embargo, soy un hombre pasablemente serio. Pero la gente estirada y solemne, que en el más insignificante desvío de una conversación hacia la sonrisa levanta el dedo conminatorio llamando al orden del día, me resulta insufrible" (13).

"La sabiduría no está reñida con el buen humor".

Ha escrito innumerables artículos que andan dispersos por los periódicos: "He publicado miles de páginas, pues escribir nunca me cansó" (26).

Algunas veces usó seudónimos.

Aunque para Jaloux "un critique c'est peut-être un *lyrique renverse*", en determinado pasaje Giusti afirma: "No soy poeta".

El cuento sí lo ha cultivado, en dos libros: *Mis muñecos* (1923) y *A las Cataratas* (1956). La lectura de *A las Cataratas* resulta, sobre todo, interesante cuando se la compara con *Los premios*, de Julio Cortázar.

"Escribir nunca me cansó" (26), dice Giusti.

Escribe con sencillez y esa misma sencillez exige de los demás.

Huye del énfasis y el engolamiento, en lo que no anda solo. "¿No calificó fray Luis de León de obrecillas sus altísimas odas al dedicárselas a Portocarrero?" (12).

Allá por 1910, a un charlatán italiano que gritaba: Yo no soy historiador, no soy filósofo, no soy *esto ni lo de más allá*, en pleno teatro Giusti lo espetó: *Io te diró chi sei: ¡tu sei un ciarlatano!* (233).

No dice *descripto*, como los argentinos, sino *descrito*; *agricolaganadero* y no *agropecuario*, como en Chile.

Escribió millares de cartas, como correspondía al amistoso que ha sido:

"Yo, ay de mí soy un desordenado: guardo muchos papeles en mi archivo ubicuo, casi todos ellos recortes de diarios y revistas, y millares de cartas" (15).

"¡Cómo traga el tiempo voraz!", dice Giusti en la p. 68 de *Visto y oído*.

Lo leo hace más de cuarenta años, y lo trato hace ya cerca de los cuarenta; y Giusti, en la Facultad de Filosofía y Letras, en casa de Monner Sans o en la suya, siempre el mismo, franco, acogedor, cordial, chispeante, buen amigo y hombre de hogar.

A veces he llegado de improviso a su residencia de Martínez, y siempre me lo he encontrado junto a sus libros, con alguno de los suyos (su mujer, algunos de sus hijos), y alguno de sus innumerables amigos.